

**José Revueltas**

---

**Material de  
los sueños**



**Ediciones Era**

## ÍNDICE

- Hegel y yo . . .*, 9
- Cama 11
- Relato autobiográfico, 25
- Sinfonía pastoral, 49
- Resurrección sin vida, 81
- Material de los sueños, 93
- El reojo del yo, 107
- Ezequiel o la matanza  
de los inocentes, 115
- Apéndice bibliográfico*, 129

*Agente del Ministerio Público:* . . . y todavía no se contentó usted con la forma de haber dado muerte a su víctima, sino que a puntapiés, es decir, a patadas, condujo la cabeza del occiso hasta el basurero próximo . . .

*El Fut:* Sí señor, cómo lo había de negar yo. Así fue, tal como usted lo dice. Pero no lo hice por mal, señor. Verdá de Dios que no lo hice por mal. ¿Cómo quería que yo agarrara esa cabeza con las manos, cuantimás habiéndolo yo matado, digo, siendo yo el autor de la muerte de ese occiso? No lo hice por mal, señor . . .

*Agente del Ministerio Público:* ¿Así que lo hizo por bien . . . ?

*El Fut:* Sí señor, como todo mundo puede ver si lo mira en mi corazón. Lo hice por bien . . .

Es curioso, pero aquí estamos, en la misma cárcel, Hegel y yo. Hegel, con toda su filosofía de la historia y su Espíritu Absoluto. Verdaderamente curioso. Debo precisar: en la misma celda, desde que me lo trajeron, de la calle, a vivir conmigo. Un auténtico regalo filosófico. Lo acepté con extrañeza y desconfianza: aquí eso molesta. Forrado en piel, una piel de cochino bien curtida, reluciente, olorosa. Pero basta de bromas: fo-

rrado en su propia piel, en su propio pellejo, limpio, colorado, que despedía ese aroma de agua de colonia, pero de todos modos un pellejo de cochino. Lo miré: un semi-enano, además giboso. Es decir, no un enano natural: semi-enano de un metro y centímetros, tan sólo a causa de que le habían amputado las piernas de raíz, desde el tronco. Con todo y las piernas, completo, debió tener su buena estatura regular, y es fuerte. Yo mismo ayudé a que las ruedas del carrito salvaran el quicio de la celda, que levanta más de media cuarta del suelo. Hasta que vino a mi celda todo mundo lo había llamado *Ejel*, simple y bárbaramente. Tuve que imponer sobre la población entera de la Crujía Circular —a gritos, pero metódicos y con arreglo a cierta periodicidad, por la ventanilla de la puerta, pues entonces no se nos dejaba salir al corredor— la pronunciación correcta del nombre, *Jeguel*, Hegel. Le vino de la sucursal de un Banco en las calles de Hegel, de Jorge Guillermo Federico Hegel. La radio-patrulla disparó varias ráfagas de ametralladora. Ocho balas repartidas entre los dos muslos. Ahí quedó *Hegel* tirado a media calle, con su piel de cochino perforada: *real* y *racionalmente* se hizo necesario amputar. Pero me importa una chingada *Hegel*. Lo que trato de recordar es otra cosa, desde que falta Medarda, desde que no viene. Otra cosa, que me da vueltas y no me deja. El muy cabrón quiso matarme, para quedarse con la celda solo. El muy retecabrón. Me lo dijo él mismo después. Se había puesto al habla con dos de sus valedores. “Va un *azul* para cada uno: cincuenta *baros* a cada quien, ustedes dicen”, me contó. Le daba risa. “Te salía barato, cien pesos. . . *por mí*”, le dije y me eché

en la cama, sin hablar. Medarda nomás dejó de venir. Primero un sábado, y luego otro y otro y otro, hasta que ya no vino. Quisiera verla de nuevo, su presencia irritante, ese no sentir piedad hacia ella, su talle macizo, impuro. Su rostro se aleja, se esfuma hacia el fondo, es un óvalo vacío, sin color, como si alguien lo hubiese recortado —cuidadosamente, siguiendo con precisión la línea externa, sus límites— para arrancarlo de algún retrato en cuyo lugar quedara al desnudo la cartulina gris sobre la que estaba montada la fotografía y, no obstante, todo lo demás, tal como habría sido siempre, durante la vida entera, quieto e intacto desde que posó ante el fotógrafo: a la espalda, un decorado nuboso. informe. con las dos líneas horizontales de diminutos cirros flotantes, lo único que le hacía parecer cielo, y en el primer término, una consola con aquel florero vacío encima, inexplicables los dos. El entorno de Medarda: fuera de sus límites —el rostro, el cuerpo, el vestido—, la nada; y aún éstos, en la sima del olvido, la nada también. Pero no es olvido, no. Tiene razón *Hegel* cuando dice: “la memoria no es lo que se recuerda, sino lo que olvidamos”, más o menos, porque lo dice de varios modos, muchas veces contrapuestos. Por ejemplo: “la memoria es lo que uno hace y nadie ha visto, lo que no tiene recuerdo”. Añade luego: “no somos sino pura memoria y nada más”. Tiene razón: nuestros actos, los actos *profundos* dice él, son esa parte de la memoria que no acepta el recuerdo, sin que importe el que haya habido testigos o no. Nadie es testigo de nadie ni de nada, cada quien lleva encima su propio recuerdo no visto, no oído, sin testimonios. He aquí pues el retrato de

Medarda con el rostro vacío. Es peor que si le hubieran sacado los ojos: ella es la que no me ve. Ella, ella, Medarda.

¿Dónde, dónde diablos fue que comenzó todo esto? ¿Dónde comenzaron estas cosas? ¿En Panamá? No son las cosas mismas lo que recuerdo, sino su halo, su periferia, lo que está más allá de aquello que las circunscribe y define. Bien, el trópico. Sea. Era duro, ahogaba. Panamá: las calles, rectas, amplias, limpias, del *Canal Zone*, las ventanas con su tela de alambre para los mosquitos. El negro aquel se empeñaba en no bajar de la *guagua*, el camión de pasajeros entre Balboa y Panamá, la ciudad. Echaba la cabeza hacia atrás, con el mentón apuntando a lo alto, desafiante pero ya vencido de antemano, heroicamente seguro de la derrota, con una cólera desarmada y vacía en medio de la distraída, inatenta indiferencia de aquellos blancos panameños del camión. “¡Conozco mis derechos, no pueden obligarme a bajar, soy un ciudadano de Panamá igual que cualquier otro!” Bueno, más bien semiblanco, lo que quiere decir seminegro, empleados en las oficinas de la Zona, nativos, en una palabra, que ya comenzaban a impacientarse pues el chofer se había negado a continuar mientras el negro no bajara. “Baja, negro; te digo que aquí no puede viajar. . . —la voz del chofer era calmada, persuasiva, tolerante—. Po eso hay *guagua* exclusiva pa lo negro. Esto no es lo tuyo, viejo. . .” Lo decía de espaldas al negro, sin volverse, encarándolo a través del espejo retrovisor, lo que daba cierta irrealidad a su actitud, como si el negro no existiera. “Mira, negro, que si no te baja, uno de esto caballero tendrá la gentileza de ir